

decir á usted, y si desea saber algo más, puede dirigirse á nuestro *cabo*.

Éste, á cuyas órdenes se hallaban los cinco dragones, entraba en aquel momento para reunir á sus soldados y beber el último trago. El viajero, que tan familiarmente había tratado al dragón, lo hizo de la misma manera con el *cabo*, y previno sus deseos ofreciéndole un vaso, el que aceptó el soldado de buena gana.

— Á la salud de usted, dijo.

— Á la de usted, contestó el desconocido.

Y dirigió de nuevo al *cabo* su pregunta, que había quedado sin respuesta, respecto al objeto de la excursión de los dragones.

El *cabo* vaciló un momento antes de responder; en seguida dió orden al soldado, que no se había movido de la cabaña, que fuera á reunirse con sus camaradas. Sin duda, el *cabo* no quería descubrir delante de uno de sus inferiores sus secretas instrucciones. Cuando nos encontramos solos :

— Usted es un *antiguo* soldado, dijo el *cabo* al desconocido, que en efecto tenía la apariencia de un viejo militar.

— He combatido todo un día en este llano, respondió el desconocido.

— ¿Cuándo la batalla de Calderón? interrumpí. En ese caso usted podrá darme algunos pormenores sobre aquella jornada.

— Con mucho gusto, mientras cenamos. Yo mandaba una *guerrilla* volante, compuesta de doscientos cincuenta hombres, y en la noche casi era yo el único que había quedado de ella. ¡ Cuánta sangre, Dios mío, corrió al pie de esas colinas !

— Vamos esta noche, contestó el *cabo* en voz baja, á explorar la *Barranca del Salto*, y si es cierta la reputación que tiene ese lugar, á la verdad que es una comisión muy triste : dicen que los muertos hacen allí la guerra á los vivos.

— ¡ Ah ! ¡ han pasado en aquel lugar cosas terribles ! Me acuerdo de una noche espantosa... Pero, ¿ á qué conduce ese cateo nocturno en una *hacienda* arruinada ?

— Esa hacienda oculta, según parece, más de un huésped peligroso. Escúchenme ustedes ; nosotros no aborrecemos á los *salteadores* : es preciso que todo el mundo subsista ; pero hay dos clases de hombres á quienes deben respetar los ladrones : á los sacerdotes y á los militares. Hace algunos días han tenido la audacia de robar, muy cerca de este punto, á su exce-

lencia el gobernador de Guadalajara, que iba en compañía de su capellán: esto era profanar á la vez lo más respetable que existe.

— ¿Y se sabe quién ha cometido ese sacrilegio?.. preguntó el veterano.

— ¿Quién ha de ser, sino ese endiablado de Albino Conde?

— ¡Albino Conde! ¿el hijo del famoso guerrillero que prestó tantos servicios en la guerra de independencia?

— El mismo. Uno de los hombres de la escolta del gobernador lo reconoció á pesar de su disfraz, y á él es al que tengo orden de coger vivo ó muerto en la hacienda del Salto. Pero he creído prudente ocultar á mis soldados el objeto de nuestra expedición, porque yo sé por experiencia que Albino tiene amigos por todas partes.

— ¿Y creen encontrarlo en la hacienda del Salto?

— Usted sabe muy bien que allí era donde se refugiaba su padre cuando no era más que contrabandista, y aquí, para entre nosotros, diré á ustedes que me han prometido la charretera de alférez por la cabeza del bandido.

— Cuidado, señor *cabo*, dijo el extranjero que hacía

algunos momentos permanecía pensativo, cuidado; yo que les hablo á ustedes, he visto cosas muy extrañas en la *Barranca*, y libreme Dios de tener que buscar un lecho en aquellas ruinas, cuando arrecia el viento de la media noche en el llano, y alumbra la luna la cruz del *matado* en el fondo de la barranca. Ustedes no son más que seis, y para esa expedición me parecen pocos...

— Pues qué, ¿es verdad todo lo que refieren? preguntó el *cabo* espantado.

— ¡Sin contar lo que nadie ha vuelto á decir!

— ¡Diablo! yo deseo mucho volver á referir lo que haya visto, y no haré alto con mis soldados, sino á la entrada de la barranca, bastante lejos de los muertos para no temerlos, y muy cerca de los vivos, si los hay allí, para cortarles la retirada. Toda la dificultad consiste en pasar esta noche sin novedad, porque mañana temprano deben reunírsenos otros destacamentos en aquel maldito lugar; pero ya se hace tarde, y tenemos que andar mucho. Adiós, mi capitán.

Y el dragón vació el último vaso de *mescal*, en seguida apretó la mano del veterano y salió precipitadamente. Un momento después, los ecos silenciosos del llano de Calderón se despertaban al ruido que

hacían galopando los caballos. El extranjero, que había quedado solo conmigo, no pareció cuidarse mucho de la cena, ni de mi compañía, porque no tardó en tomar su *zarape* y colocarse en el umbral de la cabaña, desde donde pareció seguir con la vista á los seis dragones que caminaban por el llano; y apenas los perdió de vista, cuando se lanzó á su caballo y partió, sin volver siquiera la cabeza al punto donde yo estaba.

La conversación que acababa yo de escuchar no dejaba de causarme alguna inquietud, lo confieso, y reflexionaba que hubiera sido mucho más prudente, tal vez, no elegir para pasar la noche una posada tan inmediata al cuartel general de un *salteador* tristemente famoso. Yo me hallaba, por otra parte, bajo la penosa impresión de una de esas horas de silencio y aislamiento que siempre que se presentan en la jornada de un viajero, conducen su pensamiento hacia la patria ausente. Los confusos rumores de la noche comenzaban á escucharse en el llano. Los chillidos de los grillos, ocultos entre las hierbas secas, llegaban hasta mis oídos, mezclados con los ladridos de algunos perros, lúgubramente repetidos por los ecos de aquellas soledades. El dueño de la cabaña y mi criado se halla-

ban ocupados fuera de ella; las tinieblas aumentaban á mi rededor, y con cierto placer, como una distracción á mis penosos pensamientos, ví llegar á la mujer del propietario de la casa, atraída sin duda por el humo de sus guisados, que parecían estar ya en buen estado.

— Cuando usted quiera cenar, me dijo, ya está todo dispuesto.

— Al instante, contesté, si usted gusta.

La *ventera* extendió en la mesa un mantel largo y angosto, y tan sucio, que atestiguaba á primera vista sus largos servicios. Era, según el uso de *tierra adentro*, una tela de algodón adornada en su extremidad con perfilados y flecos, mezclados con abalorios. La *ventera* puso en la mesa dos platos, uno para mí, y otro para mi criado.

— Somos tres, le dije, se le ha olvidado á usted un plato.

— ¿Tres? me preguntó, ¿quién es el otro?

— Ese caballero con unos bigotes muy largos que se hallaba aquí hace cosa de media hora.

— Ha marchado sin esperar la cena, y no ha vuelto. Después de todo, no hay para qué quejarse, supuesto que tendrá usted doble ración.

Mi criado entró en aquel momento, y yo me senté á

la mesa de muy mal humor: la cena me pareció detestable. Todos mis esfuerzos para obtener del propietario ó de su mujer algunos informes sobre la *Barranca del Salto*, no produjeron más que esta invariable respuesta: *Dicen que allí espantan*. Después de una cena tan triste y de un día de tanta fatiga, tenía mucho sueño y necesidad de dormir. Eran cerca de las doce de la noche, y dormía yo hacia cosa de media hora, recostado sobre mi *zarape*, en el banco de encino que me había servido de silla, cuando un ruido de pasos y la fresca brisa de la noche, penetrando por la puerta entreabierta, me despertaron súbitamente. Un individuo acababa de detenerse delante del *jacal*; echó pie á tierra, y entró en el cuarto que me servía de recámara. Al momento lo reconocí.

— ¿Qué todo el mundo duerme aquí? me preguntó bruscamente; ¿quedó algo de la cena?

— Todo el mundo duerme, respondí, y temo mucho que mi criado haya consumido su cena y la de usted.

— ¡Poco importa! cené en otra parte tan mal como lo habría hecho aquí: lo que busco es un abrigo, en primer lugar, y una persona bastante bondadosa que no me niegue un servicio.

— En cuanto al hombre, se halla en presencia de

usted; pero en cambio me debe usted una relación de la batalla de Calderón. ¿Lo había usted olvidado?

— No, ciertamente; y mañana platicaremos; pero permitame ante todo que vaya á acomodar mi caballo.

Y el veterano, sin aguardar mi respuesta, se dirigió á la caballeriza. Algunos momentos después, volvió á acostarse al pie del banco, en el que en vano trataba de dormirme.

— ¿Llevará usted á mal, me preguntó, que afirme delante de usted que he estado en esta *posada* desde las seis de la tarde, y que no me he movido de ella? Reflexioné un momento.

— ¿Será preciso que yo mismo lo afirme?

— No, su papel de usted se limitará á no decir cosa alguna; yo solo mentiré, si es absolutamente preciso.

— Concedido, señor D...

— Ruperto Castaños, contestó con énfasis el extranjero, ex-capitán de *guerrilleros*.

Esta respuesta dió término á nuestra conversación. El capitán Ruperto roncaba antes que yo hubiese vuelto á dormirme; él fué quien me despertó á las cuatro de la mañana, y me propuso que fuésemos á dar una vuelta por el llano, entretanto ensillaban nuestros ca-

ballos. Cuando salimos del *jacal*, el capitán me condujo hacia el torrente :

— Coloquémonos en el puente, me dijo ; desde allí dominaremos el campo de batalla ; pero, *¡ con mil diablos !* yo no sé cómo describirle á usted el combate que se verificó en este lugar hace cosa de treinta años. El humo de la artillería y el polvo formaban una niebla que me rodeaba por todas partes ; le indicaré á usted los puntos que ocupaban mis valientes compañeros. El puente de Calderón tiene á su frente, y á su lado izquierdo, dos colinas prolongadas y muy escarpadas que dominan el llano ; el camino real de Guadalajara atraviesa el puente, porque el río que corre bajo el arco, entre dos orillas cortadas á pico, no presenta un solo punto vadeable.

Á estas palabras del capitán siguió un momento de silencio ; mis ojos se dirigieron sucesivamente al puente, á las colinas y al río.

— Mire usted, añadió Castaños, designando una de las colinas que están al frente del puente, en aquella altura se hallaba situada, la víspera de la batalla, una batería de sesenta y siete cañones de todos calibres ; en la colina de la izquierda, doce piezas de artillería ; otras siete á poca distancia, en el lugar donde el mon-

tículo de la izquierda forma una prominencia ó tercera colina ; por todas ochenta y seis piezas, con las que podían destruirse, con una sola descarga, los seis mil hombres del general Calleja. Pues bien : las flechas de los indios hicieron aquel día más que nuestras tres baterías. ¿ Creería usted que las cureñas estaban construídas de tal manera, que las bocas de las piezas no podían inclinarse, y que desde aquella altura las balas pasaban forzosamente sobre el enemigo ? La fatalidad, como usted ve, nos perseguía, porque las disposiciones generales parecían haberse tomado perfectamente : no faltaban más que buenas armas. El general Torres estaba allí, al pie de la colina, enfrente del puente ; D. Juan Aldama en la de la izquierda ; Abasolo mandaba quince mil hombres, y aún me parece verlo galopando al frente de su tropa ; Allende se encontraba en todas partes, como general en jefe ; y desde aquella eminencia que se ve allá abajo, Hidalgo de pie, con la cabeza desnuda, dominaba el cuerpo de reserva diseminado en todo el llano. Yo me hallaba con mis doscientos cincuenta hombres muy cerca de Allende. Ahora fórmele usted una idea de cien mil hombres mal armados, ó sin más armas que flechas, hondas, malos fusiles y puñales colocados en el extremo de un garrote,

á excepción de algunos millares de soldados que Allende había disciplinado, cien mil hombres rezando el Rosario, ó entonando cánticos; en seguida, el día de la batalla, un ruido ensordecedor, una nube de humo que se extendía por todas partes, y sabrá usted tanto como yo de esa gran batalla, á la que sin embargo asistí.

Me contenté con estas explicaciones imperfectas; porque en aquel instante se hallaba excitada mi curiosidad, y deseaba oír al *guerrillero* referirme la leyenda de la *Barranca del Salto*, y por lo mismo le manifesté mis deseos.

— Si de Guadalajara, adonde voy á acompañar á usted, me contestó, va usted á Tepic, y de allí hasta San Blas...

— Ese es precisamente mi itinerario, interrumpí.

— Tanto mejor, *caramba*, tanto mejor, caminaremos juntos; además, tengo muy poderosos motivos para acompañar á usted, añadió D. Ruperto; tal vez se los comunicaré á usted algún día, y le juro que es una historia muy interesante la que ha precedido á mi encuentro con usted. Entretanto, si le parecen á usted otras relaciones dignas de atención, pongo todos mis recuerdos á su disposición. He combatido al lado del

padre Hidalgo, de Abasolo, de Aldama y de Allende; he vivaqueado, dispuesto emboscadas con Torres, Sotomayor, García, Osorio, Montañó, y otros muchos. Le haré á usted un retrato al natural de esos héroes extraordinarios; le referiré á usted hazañas originales, pintorescas aventuras que se han verificado en los bosques, en los llanos y en las playas del Océano Pacífico. ¿Le conviene á usted todo esto?

— ¡Pues no me ha de convenir!.. exclamé yo encantado con aquella buena é inesperada fortuna.

Apareció el sol: era el momento oportuno para ponerse en camino. Volvimos á la *venta*, y encontramos nuestros caballos ensillados y enfrenados; la *ventera* nos sirvió una taza de chocolate, que debía ayudarnos á esperar con paciencia un desayuno más sustancial, puesto que Guadalajara no se halla más que á diez leguas del puente de Calderón. Concluído nuestro ligero desayuno, montamos á caballo y partimos.

Cabalgábamos hacia cosa de media hora, cuando fuimos alcanzados por una reunión de *jinetes*. Eran los dragones y el *cabo* que habíamos visto en la *venta* de Calderón.

— ¡Qué hay, *cabo* ?.. preguntó D. Ruperto; ¿ trae usted en la bolsa su charretera de *alférez* ?

— ¡El diablo es el hombre!.. exclamó tristemente el *cabo*. En vano registramos esta mañana la *hacienda* y la *Barranca del Salto*.

— Pero, ¿por qué no fueron ustedes por la noche? preguntó D. Ruperto; habrían, sin duda, encontrado lo que buscaban.

— Tal vez habría yo hallado lo que no buscaba; además, ninguno de mis soldados se hubiera atrevido á penetrar.

— Este caballero y yo, prosiguió Castaños, después de haber cenado en la *venta*, en donde usted nos dejó antes de acostarnos, después de un día de viaje, rezamos porque lograra usted sus deseos.

Castaños mentía desvergonzadamente. Según lo que habíamos convenido, no lo contradije.

— Aquí para entre nosotros, prosiguió el *cabo*, yo sé poco más ó menos en dónde está ahora ese amigo. Vamos á cercar el pueblo de Zapotlanejo, en donde, según dicen, corteja á una preciosa *china*. Allí es donde espero encontrarlo y ganar mi charretera de subteniente. No creo que lleve á mal que le obligue á contribuir á mis ascensos. Lo conozcō, y entre amigos debe uno servirse mutuamente.

— Los amigos, dijo Ruperto, se ayudan como pueden.

El *cabo* y sus cinco hombres se alejaron en dirección del pueblo de Zapotlanejo.

— ¿Qué, ese Albino es un bandido muy formidable? pregunté al capitán.

— No: le gusta vivir sin trabajar.

— ¿Y qué clase de aspecto tiene? ¿Lo conoce usted?

— Su figura no es simpática, es verdad. Tiene una fisonomía repugnante y feroz; es chaparro y mal formado.

— Entonces corre mucho riesgo de no ser muy bien recibido por la preciosa *china*.

En aquel momento, un joven cuyo traje y maneras anunciaban un caballero, apareció en el camino que seguíamos; iba montado en un magnífico caballo bayo y parecía deseoso de alcanzarnos. El capitán Castaños conservaba sin duda una estrecha amistad con aquel individuo, porque apenas se encontraron enfrente uno del otro, cuando cambiaron un cordial apretón de mano. El nuevo compañero era alto, esbelto, y tenía una figura muy simpática.

— Me alegro que hayas llegado, sobrino; seguiremos juntos nuestro camino, porque el señor es mi amigo, y no debemos tener secretos para él.

El joven nos saludó con política, hizo dar media

vuelta á su caballo, y seguimos juntos nuestro camino hacia Guadalajara. Por corto que fuese nuestro viaje, no debía terminar sin otro encuentro, porque á cosa de una legua de la ciudad, fuimos alcanzados por un hombre que tenía toda la apariencia de un pícaro y un rostro patibulario.

— ¿Me permite usted, tío? dijo el joven, deteniéndose para hablar con aquel sospechoso personaje.

— Haz lo que gustes, contestó el capitán.

Algunos momentos después nos alcanzó el joven, y guardando silencio, comenzó á trotar á nuestro lado. Dos veces, antes de llegar á Guadalajara, el sobrino del veterano habló en voz baja con algunos hombres que la casualidad conducía sin duda á nuestro encuentro, y cuyas fisonomías y trajes me parecían más que equívocos. Evité, sin embargo, demostrar la menor desconfianza al capitán Castaños, y éramos los mejores amigos del mundo cuando entramos juntos en la ciudad de Guadalajara.

---

## CAPÍTULO SEGUNDO

---

### Guadalajara

---

Guadalajara es la capital del Estado de Jalisco. Colocada en los límites de la *tierra fría* y de la *tierra caliente*, la ciudad participa del aspecto de las dos zonas en que se divide México. Bajo un cielo siempre puro, rodeada de numerosos jardines, sufre algunas veces la influencia de los vientos helados que soplan de las montañas vecinas. El cerro del Col, especie de volcán apagado, el pico de Tequila, y detrás de estas tristes montañas, una cadena de colinas que rodean el río Tololotlán, tal es el sombrío anfiteatro que presenta por la parte del Norte la ciudad de Guadalajara. Pinos y encinas verdes cubren aquellas alturas. En las ori-